

M. Soledad Liébana

CENTRO PARA EL ESTUDIO Y CONSERVACIÓN
DE LAS AVES RAPACES EN ARGENTINA (CECARA)
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PAMPA

INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA TIERRA
Y AMBIENTALES DE LA PAMPA (INCITAP) – CONICET
soleliebana@hotmail.com

Miguel Santillán

MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE LA PAMPA (MHNLPAM)
rapacero@yahoo.com.ar

El Bailarín se distribuye desde el sur y oeste de los Estados Unidos, norte de México, América Central, centro y este de América del Sur hasta el sur de Chile y Argentina (Bierregaard *et al.* 2018). En Chile, Goodall *et al.* (1951) lo señalan desde el norte de la provincia de Atacama, hasta Valdivia, teniendo el centro de su distribución entre los ríos Aconcagua y Biobío. Araya y Millie (1986) lo sitúan desde Copiapó hasta Llanquihue, y posteriormente, los mismos autores señalan un registro para los tamarugales de Zapiga, en la Región de Tarapacá (Araya y Millie 2000). Hacia el sur, Howell y Webb (1995) y McGehee *et al.* (1999) amplían su rango de distribución hasta la isla de Chiloé, y Figueroa *et al.* (2006) hasta la Región de Aysén. Altitudinalmente se ha descrito entre los 0–1.500 msnm (Jaramillo 2003).

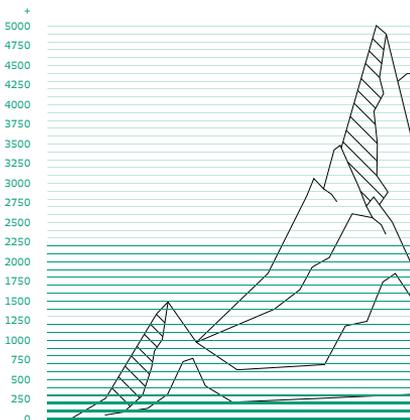
Los resultados del Atlas lo sitúan desde el valle de Copiapó (Región de Atacama) hasta la isla de Chiloé (Región de los Lagos), y desde el nivel del mar hasta los 1.800 msnm, siendo más regular su presencia bajo los 800 msnm.

Ocupa generalmente hábitats abiertos o semiabiertos, como sabanas, estepas áridas, pastizales de baja elevación y zonas agrícolas con arbolado disperso (Dunk 1995, Ferguson-Lees y Christie 2001, Bierregaard *et al.* 2018). Allí caza habitualmente mediante el cernido o halconeo (Mendelsohn y Jaksic 1989) y depende casi exclusivamente de los roedores para su alimentación (Leveau *et al.* 2002, Sarasola *et al.* 2007). Se los considera como depredadores especializados en la captura de dicho tipo de presas, llegando en algunos casos a convertir a una única especie en su presa principal, ya sea por su disponibilidad o por su mayor contenido energético (Meserve 1977, Schlatter *et al.* 1980³, Scheibler 2004, Scheibler 2007, Sarasola *et al.* 2007). Esta dependencia provoca que sus movimientos, fenología, éxito reproductivo y densidad poblacional, sean altamente dependientes de la abundancia de micromamíferos (Mendelsohn y Jaksic 1989, González-Acuña *et al.* 2009). Otro tipo de presas como aves, reptiles o artrópodos son consumidas por la especie en proporciones ínfimas (Schlatter *et al.* 1980³, Leveau *et al.* 2002, Sarasola *et al.* 2007).

El periodo reproductivo de la especie comienza con los cortejos, despliegues nupciales que incluyen vuelos y aleteos con las patas extendidas hacia abajo (generalmente sobre el posible sitio de nidificación) por parte de ambos sexos, entregas aéreas de presas del macho a la hembra, vocalizaciones y acarreo de material al nido (Dunk 1995, M.S. Liébana *obs. pers.*).

Nidifica entre septiembre y noviembre en Chile y Argentina, pero también en mayo en la Patagonia (Bierregaard *et al.* 2018). Para Chile, la construcción de nidos se señala entre septiembre-octubre (Goodall *et al.* 1951). En el Atlas se registró alimentación de polluelos en noviembre y febrero, por lo que la reproducción se realizaría en la época estival.

METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR



Los nidos con forma de tazón son construidos con ramitas y recubiertos en material fino como pajas o pasto, sobre arboles exóticos o nativos de baja o mediana altura (Goodall *et al.* 1951, de la Peña 2015, Povedano y Bisheimer 2016). El tamaño de puesta es de tres a cuatro huevos (en ocasiones 5), los cuales poseen unas dimensiones que oscilan entre 38,2 y 41,7 mm × 31,3 y 32,7 mm. La incubación se extiende desde 29 a 30 días, mientras que los pichones permanecen en el nido entre 38 y 40 días (Dunk 1995, Baumgarten 1998, de la Peña 2015). La especie es capaz de realizar más de un intento de reproducción durante la época de cría ante la presencia de altas densidades de presas (Dunk 1995), y en Argentina y Brasil se la registró nidificando durante otoño e invierno (Fraga 1984, De Lucca 1986, Baumgarten 1998). El Bailarín es considerado monógamo y con cierta fidelidad a los territorios reproductivos (Fraga 1984, Dunk 1995). Solo las hembras incuban (Watson 1940, Hawbecker 1942, Dixon *et al.* 1957), mientras que el macho caza y defiende el territorio de nidificación. Las principales causas de fracasos de nidos son las inclemencias climáticas y la depredación (Stendell 1972).

Durante el invierno la especie presenta un comportamiento comunal, llegando a congregarse cientos de individuos en una misma arboleda, la cual suelen reutilizar como dormitorio año tras año (Dunk 1995, Sarasola *et al.* 2010, Camacho-Varela y Acosta-Chaves 2015).

El Bailarín es un claro ejemplo de los beneficios que resultan de la conservación de las aves rapaces. En zonas urbanas y periurbanas donde se los suele hallar, pueden actuar como controladores biológicos de roedores, los cuales son reservorios potenciales de diversos patógenos de importancia epidemiológica (Muñoz-Pedrerros *et al.* 2016). Mientras que, en zonas agrícolas pueden actuar como controladores de roedores perjudiciales para las actividades agrícolas (Muñoz-Pedrerros 2004).

El tamaño poblacional global no ha sido estimado, pero se presume de gran magnitud. Este hecho, sumado a su amplio rango de distribución y a una tendencia poblacional en aumento, hacen que se la considere una especie de «PREOCUPACIÓN MENOR» desde el punto de vista de su conservación (BirdLife International 2018). 🌿

